

La primera edición de *El ensayo mexicano moderno*¹ apareció a mediados de 1958, con los números 39 y 40 de la colección letras mexicanas del Fondo de Cultura Económica. La selección del material fue encargada a José Luis Martínez, quien estaba a unos meses de cumplir los 40 años y era considerado el crítico literario más prestigiado de su generación, amén de un puntilloso historiador de nuestra literatura. Entre los libros que había publicado en esas fechas, se pueden mencionar *La emancipación literaria de México* (1955),² que le garantizaba un lugar en la historia de nuestras letras, y *Literatura mexicana siglo XX. 1910-1949*,³ de obligada y reiterada consulta. Por más de sesenta años sus trabajos han sido tan pertinaces y reveladores como el paso del

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ José Luis Martínez. *El ensayo mexicano moderno*. Introducción, selección y notas de ... México, FCE, 1958. 2 vols. (Letras mexicanas, 39 y 40).

² José Luis Martínez. *La emancipación literaria de México*, México, Ant. Libr. Robredo, 1975. (México y lo mexicano, 21).

³ José Luis Martínez. *La literatura mexicana siglo XX. 1910-1949*. México, Ant. Libr. Robredo, 1949-1950. 2 t, t. I Primera parte, 1949 (Clásicos y Modernos, 3); t. II Segunda parte, Guías bibliográficas, 1950 (Clásicos y Modernos, 4).

tiempo, al grado que bien se puede afirmar, parafraseando a Luis Hars respecto a Borges (“No se sabe si él escribió sus libros o si sus libros lo escribieron a él”), que pronto llegará el día en que no se sepa si José Luis Martínez estudió la literatura mexicana o la literatura mexicana lo estudió a él.

En la primera edición de *El ensayo mexicano moderno* figuraron cincuenta y seis autores, treinta y dos en el primer volumen y veinticuatro en el segundo. El primer tomo incluyó a escritores nacidos en el siglo XIX, Justo Sierra (1848-1912) inicia la lista que termina Daniel Cosío Villegas (1898-1976); el segundo, a quienes vieron la primera luz en el XX, el primero de ellos Jaime Torres Bodet (1902-1976) y el último Pablo González Casanova (1922). En total se publicaron ciento cuatro ensayos, setenta en el primer tomo y treinta y cuatro en el segundo. El más antiguo, “Estética de la prosa” de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) fue escrito “ca 1893”,⁴ el más reciente, “La propaganda o la nueva retórica” de Pablo González Casanova, fue publicado por *México en la cultura* el 14 de noviembre de 1954.⁵ El más extenso, pues abarca treinta y cinco páginas, es “Meditaciones sobre México”,⁶ escrito en 1947 por Jesús Silva Herzog (1892-1985) y el más breve, “Coro de hombres maduros” de Carlos Díaz Dufío (hijo) (1888-1932),⁷ se compone de treinta y dos palabras, incluidas las cuatro del título.

En la segunda edición, aparecida en 1971, el primer tomo sólo presentó treinta autores, pues ya no aparecieron el prólogo a *La parcela*⁸ de José López Portillo y Rojas (1850-1923) ni

⁴ Manuel Gutiérrez Nájera, “Estética de la prosa” en *El ensayo mexicano moderno*, t. 1 pp. 85-89.

⁵ Pablo González Casanova, “La propaganda o la nueva retórica” en *Ibid*, t. II, pp. 392-409.

⁶ Jesús Silva Herzog, “Meditaciones sobre México” en *El ensayo mexicano moderno*, t. 1, pp. 329-363.

⁷ Carlos Díaz Dufío (hijo), “Coro de hombres maduros” en *Ibid.*, p. 242.

⁸ José López Portillo y Rojas. “Prólogo a *La parcela*” en *El ensayo mexicano moderno*, t. 1, pp. 78-84.

dos textos de Alfonso Junco (1896-1974): “Invitación a la lectura” e “Invitación a la naturalidad”.⁹ En el segundo tomo, hubo más cambios. Por principio de cuentas, se prescindió de “Catarsis del mexicano”¹⁰ de César Garizurieta (1904-1961) y de “El mexicano y el humanismo”¹¹ de Emilio Uranga (1921-1988); dos lamentables pérdidas, ya que se trataba de un par de estudios sobre el carácter del mexicano, el de Garizurieta centrado en algunos cómicos populares por los años cincuenta, en especial Cantinflas, que en latín significa “máscara”, y el de Uranga en su no siempre encomiable apego al nacionalismo. Después se cambiaron los ensayos de dos escritores: “El gran teatro del mundo”¹² de Rodolfo Usigli (1905-1979) fue sustituido por “Juan Ruiz de Alarcón en su tiempo”;¹³ y “El reinado de la flor”¹⁴ de Fernando Benítez (1912-2000) dejó su sitio a “Los indios de México”;¹⁵ también se anexaron nuevos textos de autores ya incluidos en la primera edición: “El silencio de Cuauhtémoc resuena aún” de Jaime Torres Bodet,¹⁶ “Camino de Demetrio Macías” de Mauricio Magdaleno (1906-1986),¹⁷ “Un paisaje con olor a sangre” de Andrés Henestrosa (1906)¹⁸ y “André Bretón o la búsqueda del comienzo” de Octavio Paz

⁹ Alfonso Junco, “Invitación a la lectura”, “Invitación a la naturalidad” en *Ibid.*, pp. 429-433.

¹⁰ César Garizurieta, “Catarsis del mexicano” en *El ensayo mexicano moderno*, t. II, pp. 136-158.

¹¹ Emilio Uranga, “El mexicano y el humanismo” en *ibid.*, pp. 385-391.

¹² Rodolfo Usigli, “El gran teatro del mundo”, en *El ensayo mexicano moderno*, 1a. de., t. II, pp. 169-178.

¹³ Rodolfo Usigli, “Juan Ruiz de Alarcón en el tiempo”, en *El ensayo mexicano moderno*, 2a. de., t. II, pp. 180-204.

¹⁴ Fernando Benítez, “El reinado de la flor” en *El ensayo mexicano moderno*, 1a. ed., t. II, pp. 297-302.

¹⁵ Fernando Benítez, “Los indios de México” en *El ensayo mexicano moderno*, 2a. ed., t. II, pp. 359-385.

¹⁶ *El ensayo mexicano moderno*, 2a. ed. t. II, pp. 33-44.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 252-260.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 265-267.

(1914-1998).¹⁹ Finalmente, se añadieron selecciones de otros seis ensayistas: José Alvarado (1911-1974), Ramón Xirau (1924), Jaime García Terrés (1924-1996), Carlos Fuentes (1928), Juan García Ponce (1932- 2001) y Carlos Monsiváis (1938), así el número de autores del segundo tomo ascendió a veintinueve.

La tercera edición de *El ensayo...*²⁰ apareció en 2001. También presentó algunas adiciones, aunque mínimas, todas en el segundo tomo. De Jaime Torres Bodet se anexó “Reflexión sobre la muerte”,²¹ en el que expone las razones que lo llevaron al suicidio; de Octavio Paz, “Higiene y represión” y “La doble llama”;²² de Carlos Fuentes la “Introducción a *El espejo enterrado*” y la “Geografía de la novela”²³ y de Carlos Monsiváis “La hora de la tradición”,²⁴ escrito a propósito de la apertura de la nueva Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. Los textos añadidos de Paz, Fuentes y Monsiváis están fechados en 1991, 1992 y 1993 por lo que, si se recuerda que el ensayo más antiguo, “Estética de la prosa”, es de 1893, la antología reúne textos que en conjunto abarcan un siglo. De esta manera, la tercera edición de *El ensayo moderno mexicano*, que al parecer es la definitiva, en total ofrece una selección de 118 ensayos (con la Introducción del compilador la obra tiene 119), 66 en el primer tomo y 52 en el segundo, de 59 escritores mexicanos, nacidos en un periodo que va de 1848 a 1938.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 435-448.

²⁰ José Luis Martínez (comp) *El ensayo mexicano moderno*, 3a. ed., México, FCE, 2001. 2 vols.

²¹ Jaime Torres Bodet, “Reflexión sobre la muerte” en *ibid.*, t. 2, pp. 45-47.

²² Octavio Paz, “Higiene y represión” y “La doble llama” en *ibid.*, t. 2, pp. 435-451.

²³ Carlos Fuentes, “Introducción a *El espejo enterrado*” y “Geografía de la novela” en *ibid.*, t. 2, pp. 602-615.

²⁴ Carlos Monsiváis, “La hora de la tradición” en *ibid.*, pp. 655-670.

En la introducción a la antología, José Luis Martínez se refiere a los dos creadores del género: Miguel de Montaigne y Francis Bacon; cita al francés respecto al juicio, ese instrumento necesario para el examen de toda clase de asuntos, y al inglés con motivo de las meditaciones dispersas (*dispersed meditations*); esto es, llevadas a cabo con métodos caprichosos y divagantes. Esos procedimientos mentales, en fin, por medio de los cuales Miguel de Montaigne —y eventualmente todos y cada uno de los cultivadores del género— “se ensayaba” (se probaba, se confrontaba) tomando como pretexto cualquier tema o asunto. Más allá de las diversas clasificaciones se pueden ofrecer de este género que privilegia el juicio, todas y cada una de ellas con sus inevitables aciertos y fallas, uno de los mayores aciertos del material presentado en esta antología es la rica muestra de las formas que puede adaptar el ensayo: un discurso como el de Justo Sierra en la inauguración de la Universidad Nacional, en el cual anima a los estudiantes a que busquen la verdad;²⁵ una conferencia, como la que lee Arturo Arnaiz y Freg ante la Asamblea General de la UNESCO, en México, el 7 de noviembre de 1947, para informar a los delegados de todo el mundo lo que México es, lo que ha sido y lo que desea llegar a ser;²⁶ un epigrama, como las filosas prosas de Díaz Duffo hijo;²⁷ un artículo periodístico, como las cotidianas obras maestras con las que José Alvarado y Salvador Novo regalaban a sus lectores; una crónica, como la que escribe Monsiváis en 1970 con motivo de un viaje a Oaxaca para observar un eclipse total de sol;²⁸ un trabajo erudito como el de Gastón García Cantú a propósito de las aspiraciones a la justicia social, esas utopías de los mexicanos;²⁹ o una disertación filosófica, como la de Leopoldo

²⁵ Justo Sierra, “Discurso en la inauguración de la Universidad Nacional”, en *ibid.*, t. I, pp. 57-79.

²⁶ Arturo Arnaiz y Freg, “Panorama de México” en *ibid.*, t II, pp. 477-494.

²⁷ Carlos Díaz Dufoo (hijo), “Epigramas” en *ibid.*, pp. 258-9.

²⁸ Carlos Monsiváis, “Dios nunca muere” en *ibid.*, pp. 618-651.

²⁹ Gastón García Cantú, “Utopías mexicanas” en *ibid.*, pp. 495-512.

Zea en torno a la filosofía en nuestras nacientes naciones americanas.³⁰

Como cabría esperar, la mayoría de los autores incluidos son literatos, gente de letras que si bien cultivaron el ensayo, lo hicieron de manera secundaria, pues labraron su prestigio en otros géneros. He aquí una pequeña muestra: Justo Sierra fue poeta y cuentista, lo mismo que Gutiérrez Nájera y Amado Nervo. Artemio del Valle Arispe, Julio Torri, Francisco Monterde y Carlos Fuentes narradores. Poetas por encima de otra cosa son Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta y Octavio Paz; también figuran los dramaturgos como Salvador Novo y Rodolfo Usigli. No sería aventurado afirmar que de todos los hombres de letras seleccionados por José Luis Martínez, únicamente Alfonso Reyes y Ramón Xirau (quien para la mayoría de sus lectores resulta un filósofo, pues no pueden leer o apreciar a plenitud su obra poética escrita en catalán) basan su prestigio literario en primer lugar por su obra ensayista. Por lo demás, Agustín Yáñez viene a ser un novelista que escribió algunos ensayos, como Juan García Ponce y Ermilo Abreu Gómez. Jaime García Terrés resulta un poeta que incursionó en el ensayo, como antes que él lo hizo, para sólo citar un ilustre caso, Ramón López Velarde. Por lo demás, esta dedicación incidental al ensayo de ninguna manera significa falta de calidad en sus incursiones en el género.

Todas las corrientes de la literatura mexicana surgidas a partir del triunfo de la República están representadas en la antología: el Realismo con López Portillo, el segundo Romanticismo con Justo Sierra, el Modernismo con Nervo, la novela de la Revolución con Martín Luis Guzmán, el Ateneo con Torri, el Colonialismo con Genaro Estrada, el Indigenismo con Ermilo Abreu Gómez y la generación del Medio Siglo con Carlos Fuentes, por el lado de los prosistas; respecto de los poetas la presencia no es tan representativa, pero el grupo de Contemporáneos (Novo,

³⁰ Leopoldo Zea, "En torno a una filosofía americana" en *ibid.*, pp. 338-358.

Octavio Paz representa lo mejor de la poesía mexicana de la primera mitad del siglo xx. Una buena parte de los escritores reunidos en el primer volumen son los responsables del gran cambio cualitativo que dio la literatura mexicana en el periodo comprendido entre 1880 y 1925, cuando al menos medio centenar de nuestras mejores plumas —de Payno a Gilberto Owen, pasando por “Facundo”, Azuela y tantos más— pudieron viajar más allá de nuestras fronteras, ver el mundo y compararlo con la patria que habían abandonado temporalmente. En contacto con otras realidades nacionales, los escritores mexicanos pudieron expresar mejor a México.

Con el avance del tiempo, es posible advertir que las profesiones o los “modus vivendi” de los ensayistas reunidos paulatinamente fueron siendo más variados, como un reflejo de la sociedad mexicana. En los ensayistas nacidos en el siglo xix, cuando el índice de alfabetización del país pasó de 10 por ciento en 1821 a poco más de 30 por ciento a la vuelta del siglo, los estudios de abogacía, por cierto rara vez culminados con la obtención del título universitario, dominan de manera abrumadora la formación escolar de nuestros ensayistas, que en no pocos casos son autodidactas, como Amado Nervo; un arquitecto como Jesús T. Acevedo o un economista como Jesús Silva Herzog salen de la norma. Una buena parte de ellos ejerció el periodismo para ganarse la vida, otros hicieron carrera en el servicio público o en la academia, como los filósofos Alfonso Caso y Samuel Ramos, o el historiador Daniel Cosío Villegas. Con los nacidos en el siglo xx los abogados siguieron dominando, aunque el abanico de opciones se amplió, reflejando una sociedad con un 80 por ciento de alfabetizados. A los historiadores como Edmundo O’Gorman y Arturo Arnaiz y Freg y los filósofos como Leopoldo Zea, habrá que sumar sociólogos como Pablo González Casanova o pensadores que no admiten fácilmente alguna clasificación, como Fernando Benítez, Gastón García Cantú y Carlos Monsiváis.

Si bien el tema dominante de la antología es México (no podría ser de otra forma), nuestro país y lo mexicano son examinados a partir de dos grandes perspectivas: la primera es la artística, en especial la literaria; la segunda es la histórico-social. Ambas se entreveran en una buena cantidad de trabajos. No podría ser de otra manera, pues en nuestra tierra se forjan obras maestras de vidrio en plena calle y cualquier puesto de frutas se convierte en la más colorida de las estampas. Sería descomunal presentar un resumen, por más sucinto que fuere, de las ideas que se “ensayan” en los dos volúmenes; también intentar una selección de los mejores —resultaren cinco, diez o veinte—trabajos. Sin embargo, creo que se puede hablar del ensayo “más influyente” y de la idea más persistente, la más visible tanto en la escritura como en la realidad. “Notas sobre la inteligencia americana”³¹ de Alfonso Reyes muy posiblemente sea el trabajo más célebre de los reunidos en la antología; fue la primera ponencia por parte del continente americano en la VII Convención del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, que se desarrolló en Buenos Aires del 11 al 16 de septiembre de 1936. El ensayista mexicano tenía 47 años y había sido testigo de la caída no de uno sino de varios mundos: el familiar, con el asesinato de su padre, el general Bernardo Reyes; el nacional, con el fin del porfiriato y el inicio de la Revolución mexicana; el europeo con el fin de “La Belle Epoque” y el estallido de la Gran Guerra. Desde 1913, a los 24 años, había sido una especie de peregrino del planeta, primero en Europa y después en América del Sur; buena parte de su labor intelectual de 1913 a 1936 había sido el establecimiento de puentes entre los dos continentes, el estudio de las simpatías y las diferencias entre el viejo y nuevo mundos. Alfonso Reyes era una “inteligencia” a la que nada de lo humano le resultaba ajeno; en su persona había una mentalidad siempre ávida de nuevos conocimientos. El hecho de haber

³¹ Alfonso Reyes, “Notas sobre la inteligencia americana” en *ibid.*, t. 1 pp. 332-342.

nacido en una región que apenas era “una sucursal del mundo” jamás lo desanimó, sino que le ofreció una perspectiva diferente a la de los miembros de las metrópolis para acercarse a la mesa de la cultura. Llegó tarde, como todos los hispanoamericanos, que debieron liberarse de un régimen colonial regido por ideas propias del medioevo para, de golpe y porrazo, de revolución en revolución, enfrentar la vida independiente “saltando etapas”, realizando síntesis apresuradas del camino recorrido por la burguesía europea en bastante más tiempo. Se trató de un aprendizaje forzado que acostumbró a los hispanoamericanos a considerar como propios los instrumentos creados por Europa y nos permitió tener la visión europea de la realidad, enriquecida por la nuestra. Además, el hecho de no ser europeos impidió que cayéramos en el chauvinismo de considerar casos curiosos o exóticos a los demás. De esta forma, nuestra visión maduró de manera extraordinaria. Por ello, según asienta Reyes al final de su discurso, los latinoamericanos conquistamos “el derecho a la ciudadanía universal”. Así nos convertimos en integrantes de la aldea global, no de la que empezó a ser nombrada a finales del siglo y milenio pasados, sino la que ha existido desde el principio de los tiempos. La cultura constituye el primer fenómeno global, universal, ya que las creaciones culturales siempre han acompañado —y no pocas veces impulsado— al ser humano a doquiera que éste vaya, y siempre han estado esperándolo allí, dondequiera que haya sido su destino.

La lectura de los ensayos de Jesús Silva Herzog, Daniel Cosío Villegas, Gastón García Cantú y Arturo Arnaíz y Freg, escritos en los años en que el México surgido de la revolución tenía su primer presidente civil tras décadas de gobiernos militares, nos brinda la siguiente imagen de nuestra patria: un país a mitad del camino, que avanza, pero a medias, de manera desigual e irregular, sin lograr desprenderse de sus lastres y, por tanto, sin poder consolidar su desarrollo y hacer partícipe a la mayoría de su población de la justicia social. “México es un hermoso país...; pero todavía está en construcción y lo que importa es terminar

la obra y cuanto antes mejor”,³² escribió en 1947 Jesús Silva Herzog, cuando había 22 millones de mexicanos, la mitad de ellos analfabetos; en 2005 hemos sobrepasado los 100 millones, de los cuales la mitad vive en la pobreza... Más de medio siglo después la consigna prevalece.

³² Jesús Silva Herzog, “Meditaciones sobre México”, en *ibid.*, t. 1, p. 364.